

M.<sup>A</sup> ELENA  
GOMEZ  
MORENO

# LA CASA DEL GRECO



En el verano del año 1577 se estableció en Toledo un extraño personaje, el pintor griego Doménico Theotocópoulos. Era aún joven, treinta y ocho años, y fijaba su residencia en la ciudad del Tajo después de fracasar como pintor del Rey. Había vivido desde su adolescencia en Italia, traía llenos los ojos de la luz y el color de Venecia, de la grandiosidad de Roma, de la pureza y claridad de Florencia. Había penetrado en el refinado mundo cultural del Renacimiento, pero pesaba en su espíritu el enigmático orientalismo de su Creta natal, mucho más bizantina que clásica.

Toledo recibió al Greco como a cosa propia. También ella era oriental y misteriosa, luminosa y aristocrática. En el barrio de la Judería, junto a la soberbia Sinagoga de Samuel-Ha-Leví, el opulento y desventurado tesorero de Don Pedro el Cruel, fijó el pintor su residencia, sobre la barrancada de donde subía el rumor del Tajo entre las peñas. Había allí un grupo de viviendas, que los toledanos designaban como «Casas de Villena» y «Casa de la Duquesa vieja». Era un conglomerado de edificios, sin orden ni concierto, con trazas de palacio venido a menos, alterado por aditamentos de pobre arquitectura, entre cuyos muros se abrían diversos patios, corrales y jardines. Es tradición que allí había estado el palacio de Samuel-Ha-

Leví, construido en el tiempo de su omnipotente valimiento con el rey Don Pedro y comunicado con la vecina sinagoga. En sus subterráneos, que se decía bajaban hasta el río, había ocultado sus tesoros, negándose a entregarlos al Rey a costa de su vida. El palacio fue reformado un siglo después por don Enrique de Aragón, marqués de Villena, a quien el vulgo tachaba de nigromante y brujo, acaso sin otro fundamento que su afición a la alquimia, que hoy llamamos química y entonces se consideraba ciencia diabólica. En los sótanos que fueran depósito de los tesoros del magnate judío realizaba Villena sus misteriosos experimentos.

Aquellas «casas del marqués de Villena», ya ruinosas, habían sido casas de vecindad, y en ellas alquiló El Greco vivienda en 1585. Las habitaciones suyas eran «el cuarto real, con la cocina principal, y la otra es en el portal que está entre los dos patios primero y segundo, con un sótano que está junto al pozo de dicho patio, e así mismo una cuadra real que dicen de los aparadores, con una pieza que está en bajando la escalerilla del infierno». Pagaba por ella 596 reales, renta muy superior a la de los restantes vecinos, lo que indica que las suyas eran las habitaciones principales de la casa.

No debieron de irle bien las cosas al Greco, cuando cuatro años después se mudaba a vivienda más modesta, cuyo alquiler pagaba con años de retraso; hubieron de ser tiempos críticos, agotados los dineros que trajera de Italia y aún no afianzado en Toledo su crédito artístico. La crisis pasó, sin embargo, y encariñado el

*La Casa del Greco, desde el jardín*



artista con el barrio de la Judería y el panorama del Tajo, vuelve a las casas de Villena en 1604, alquilando en ellas veinticuatro habitaciones, con el jardín. Imaginemos su estudio, amplio, con vistas sobre el valle; las habitaciones, alhajadas con más capricho que utilidad, llenas de objetos preciosos y exóticos, como aquella espada árabe granadina que luce un guerrero en el cuadro de *San Mauricio*. La renta de 1.500 reales es casi el triple de la que pagaba por su primera vivienda. Con él vivirían la misteriosa doña Jerónima de las Cuevas, su pariente, acaso hermano, Manuso Theotocópuli, y el hijo, Jorge Manuel. Más tarde, éste toma vivienda independiente en las mismas casas.

Al correr los años, la situación económica del pintor empeoró de nuevo, y esta vez sin remedio. En 1611 Dominico y su hijo deben 4.400 reales de tres años de alquiler; reducen habitaciones, que se van vaciando de objetos de valor al paso que se llenan de pinturas, unas veces bocetos para encargos y otras creaciones caprichosas y personales, invendidas e invendibles. Allí pasa El Greco sus últimos años, viejo y achacoso, en compañía de los hijos de su genio y de sus amados y selectos libros, de los que no se desprendió a pesar de sus apuros. Allí murió a los setenta y tres años, en 1614.

Después, y durante tres siglos, las Casas de Villena continuaron en su humilde función de casas de vecinos, mientras el tiem-

po y la incuria las iban arruinando poco a poco. La ciudad conservaba, sin embargo, el recuerdo de que en ellas había vivido y muerto El Greco, lo que no fue obstáculo para que desapareciera la parte más palaciega, que sería la que caía sobre el río, donde ahora están los jardines del Tránsito. Quedaba aún en pie, a comienzos de este siglo, una casa morisca, que debía ser parte de la morada de Samuel-Ha-Leví, no tanto por conservar restos arquitectónicos de aquella época cuanto porque consta que se hallaba vecina a la sinagoga, y aun se comunicaba con ella.

Esta casa, ruínosa también, iba a caer bajo la piqueta cuando don Benigno de la Vega-Inclán, segundo marqués de su apellido, decidió comprarla en 1906, salvando el único resto de la que fue morada del gran Dominico, y con él el rincón más típico y evocador de la Judería toledana. Adquirió también la parte no urbanizada de los derribos anteriores, con los sótanos donde la tradición fija el escondite de los tesoros de Samuel y los experimentos de don Enrique el Nígrumante. Realizó la cuidadosa restauración el arquitecto don Emilio Laredo, y, conservando los vestigios de las ruinas, se transformó su ámbito en jardines.

Salvada la casa, quedaba el convertirla en monumento vivo a la memoria del Greco. Muebles toledanos de la época, objetos varios de ajuar, tallas, pinturas, telas y cerámicas fueron distribuyéndose por las ha-

bitaciones, con el cuidado de mantener en la restauración la mayor propiedad histórica, y se la enriqueció con varias pinturas del Greco, en un tiempo en que éste era considerado únicamente como un pintor extraño, interesante y medio loco. Sirvieron de modelo las viejas casas toledanas, donde aún se conservaba en aquellos años el ambiente antiguo, con lo cual se logró reconstruir en lo posible el medio doméstico del pintor.

No se pretendió, en modo alguno, fabricar una morada del siglo XVI haciendo creer que aquella era la casa del Greco, con el propio ajuar del artista, sino conservar aquel resto de la que fue su morada dotándola de todo lo que pudiera evocar el ambiente en que él vivió. No de otro modo se exhiben las casas de Alberto Durero, de Rembrandt o de Beethoven.

Posteriormente a la restauración de la Casa publicó don Francisco de San Román los datos de los inventarios hechos a la muerte del Greco. Del que había sido, sin duda, un ajuar casi principesco no quedaban sino restos escasos, tan escasos que tocan en lo miserable. Dos riquezas había en la Casa, sin embargo: las pinturas suyas, que llegaban a doscientas, y la espléndida librería, con ejemplares preciosos, manuscritos e impresos, de autores griegos, italianos y españoles, tratando de religión, literatura clásica, historia y arte, sobre todo arquitectura. La dispersión de las pinturas y la rareza de casi todos los libros



Taller del Greco con un cuadro de San Pedro

hacen imposible su retorno a la Casa del Greco. Sin embargo, en memoria de aquella colección de pinturas, el Museo del Greco, contiguo a la Casa, conserva una serie, si no copiosa, valiosísima de obras del Greco, y la Biblioteca de la Casa va reuniendo, a falta de los libros que fueron suyos, aquéllos en que se estudia su persona y su obra, completando de este modo la evocación del artista en su segunda patria toledana.

La Casa del Greco fue propiedad particular del marqués de la Vega-Inclán hasta su muerte. Poco después de su restauración completó aquél su obra adquiriendo un palacio renacentista, medio arruinado, contiguo a la casa; el mismo Laredo lo reconstruyó, acondicionándolo para Museo, y su generoso propietario lo cedió al Estado en 1910 para que en él se alojasen las obras del Greco que andaban por Toledo en peligro de perderse. Él mismo inició el Museo restaurando a su costa e instalando decorosamente el *Apostolado del hospital de Santiago*, obra estupenda del Greco, que colgaba, polvoriento y maltrecho, en las escaleras de San Juan de los Reyes, entonces albergue de las obras de arte procedentes de la Desamortización.

El Museo del Greco fue el núcleo de las que luego se han llamado Fundaciones Vega-Inclán, agregándosele más tarde la vecina Sinagoga del Tránsito, consolidada y salvada de la ruina, y, por último, a la muerte de Vega-Inclán en 1942, la Casa del Greco, que vino a completar el grupo toledano de sus Fundaciones. Aunque el Museo se incrementó como un depósito del Museo del Prado, no llegó a ser lo que su generoso fundador había proyectado, o sea el Museo provincial de pinturas, ni siquiera el que albergase las obras del Greco dispersas por Toledo; la reciente creación del Museo de Santa Cruz le ha privado ya de tal posibilidad. Sigue alojando, sin embargo, una colección de obras de capital importancia, y la evocación del gran pintor tiene allí, en su Casa, en los jardines y entre sus pinturas, el lugar más adecuado, donde es posible imaginar mejor a aquel extraño artista que vino desde su Creta natal, a través de Venecia, a vivir y a morir en la enigmática ciudad del Tajo, la más oriental de Europa, en la occidental España.

M.<sup>a</sup> E. G. M.



Patio de la Casa del Greco

MINIATURES  
PORTRAITS IN OIL  
PASTEL  
CRAYON  
FROM ANY PHOTO



Miniatura sobre marfil  
de 53 x 87 mm.

**LINKER** PRINCIPE, 4 - MADRID  
Teléfono 231 35 13

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas.

Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.

*linker*



Miniatura sobre marfil  
de 53 x 78 mm.

**CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES  
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**

RETRATOS AL OLEO  
ID. AL PASTEL  
ID. A LA ACUARELA  
MINIATURAS  
SOBRE MARFIL  
MINIATURAS  
CLASE ESPECIAL  
DIBUJOS DE CUAL-  
QUIER FOTOGRAFIA